

ARTÍCULOS

LEONARDO POLO: DIMENSIONES INOBJETIVAS DEL SABER (SEGUNDA PARTE)*

*LEONARDO POLO: INOBJECTIVE DIMENSIONS
OF KNOWLEDGE (SECOND PART)*

Juan A. García González**

Universidad de Málaga
Málaga-España

Recibido 22 de noviembre 2006/Received november 22, 2006
Aceptado 10 de marzo 2007/ Accepted march 10, 2007

RESUMEN

Se discute y analiza en este trabajo la doctrina de Polo sobre los conocimientos inobjetivos, metalógicos, en particular los símbolos y las noticias de la experiencia moral, el conocimiento por connaturalidad. Esos conocimientos remiten a los hábitos cognoscitivos, principalmente adquiridos, y median al fin de abandonar el límite mental para ejercer la filosofía de un modo más congruente.

Palabras Clave: Símbolos, Hábitos Noéticos, Límite Mental.

ABSTRACT

It this work Polo's doctrine on inobjective knowledge, metalogical, particularly symbols and notes from moral experience, the

* Véase la "Primera Parte" de este artículo en el número anterior de Revista Límite 2 (15), correspondiente al primer semestre del 2007, pp. 101-118.

** Departamento de Filosofía. Universidad de Málaga. Despacho 529. Facultad de Filosofía y Letras. Campus de Teatinos s/n. C.P. 29071. Málaga. España. E-mail: jagarciago@uma.es

knowledge by connaturality, are discussed and analysed. This knowledge remits to cognitive habits, acquired mainly, and it mediates with the purpose of abandoning the mental limit to exercise the philosophy in a more consistent way.

Key Words: *Symbols, Cognitive Habits, Mental Limit.*

4. LOS CONOCIMIENTOS SUPERIORES DE LA ESENCIA HUMANA

Ante todo, procede explicar esta ampliación del conocimiento esencial del hombre, que llamamos conocimiento simbólico. Recogeré el siguiente texto de Leonardo Polo: “la manifestación de la presencia mental es gradual: el primer grado la manifiesta como ver detenido, el segundo como verbo y el tercero detectándola en condiciones tales que cabe abandonarla”(p. 89).¹

Si la presencia es el límite mental, primero se detecta: porque la operación intelectual se aprecia como un ver detenido; después –como en un paso intermedio– se verbaliza: porque el hábito adquirido no sólo ilumina la operación, sino que al hacerlo permite un progreso en el conocimiento del objeto que lo torna símbolo ideal y, finalmente, se abandona, según alguna de las cuatro dimensiones, al cumplirse las condiciones requeridas para ello (que equivalen a la metalógica de la libertad).² De manera que los símbolos ideales son una doctrina surgida a partir del conocimiento habitual de las operaciones, y establece un punto medio entre el conocimiento limitado, en presencia, y el abandono del límite mental.

Inicialmente, los hábitos adquiridos habían servido a Polo para formular la segunda dimensión del abandono del límite mental; porque, en algunos casos –en el de los hábitos que permiten la

¹ Polo, L. (2003). *Antropología Trascendental II*, p. 89. Pamplona: Eunsa.

² Cabe detectar el límite “sin que se cumplan las condiciones precisas para abandonarlo, a las que acabo de denominar metalógica de la libertad”. Polo, 2003, p. 240.

prosecución racional desde la abstracción—, al iluminar la operación se la separa de su objeto; al menos en cierta medida:³ en la medida en que se la considera en su sola prioridad respecto de él.⁴ Ello permite la pugna de la presencia mental —la operación— con las prioridades reales, que son las cuatro causas: manifestarlas como implícitos y explicitarlas. La explicitación en pugna es un encuentro, pero no un ver;⁵ y tampoco coincide exactamente con el hábito, aunque requiere de él para manifestar la operación; es la segunda dimensión del abandono del límite mental.

De resultas, la razón tiene una doble dimensión: como operación explicitante —si se abandona el límite—, y en la medida en que consolida objetivamente sus explicitaciones —es decir, en la medida en que con ella, y con sus hábitos, la potencia obtiene nuevas objetivaciones—. Pero la explicitación racional acaba con la tercera operación de la razón, el raciocinio o fundamentación, de la que se dice que guarda definitivamente implícito el ser como principio: se explicitan las causas, no los primeros principios. La razón apela a un conocimiento superior a los hábitos adquiridos: el hábito de los principios, como ya lo dijimos.

Pero ahora a Polo se le ocurre que puede iluminarse también la operación manteniéndola vinculada con su objeto, y que incluso esto resulta más lógico: porque la operación se corresponde con él. En tal caso:

El tema sobre el que versa un acto cognoscitivo en tanto que conocido por otro [por el hábito] es superior al que posee al margen de dicha iluminación; por tanto, el conocimiento simbólico es una continuación del tema conocido con la operación inicial (Polo, 2005, p. 214).

Entonces, cuando se conoce la operación “de acuerdo con la conmensuración, no se explicitan las causas, sino que se accede

³ Pues “no cabe operación sin objeto”. Polo, 2003, p. 65.

⁴ “La explicitación de las causas requiere la desposesión de objeto. Reducida a su estricta aprioridad, la presencia mental pugna con los principios físicos”. Polo, 2003, nota 76, p. 66.

⁵ Cfr. *Ibidem*, nota 60, p. 62.

a la esencia humana” (p. 66),⁶ cuyos conocimientos superiores así se logran. El hábito adquirido incrementa, simbólicamente, el conocimiento de los objetos. Son ahora verbos⁷ que intensifican su sentido apuntando más alto, acompañando hacia ello, simbolizándolo.

Prolongando este planteamiento, es decir, si el conocimiento habitual de la operación incrementa simbólicamente el conocimiento de su objeto, a Polo se le ocurre que el conocimiento de los hábitos cognoscitivos y de las virtudes morales que reportan respectivamente la experiencia intelectual y moral, también conllevará beneficios cognoscitivos: son las claridades y las noticias. Símbolos, claridades y noticias: estos son los conocimientos superiores de la esencia humana.

Se trata, en suma, de reiterar la dualidad metódico-temática propia del conocimiento: la operación conoce el objeto, el hábito la operación (lo que, además de permitir la explicitación de causas, amplía simbólicamente el conocimiento del objeto) y la experiencia el hábito (intelectual o moral, con el incremento cognoscitivo correspondiente); a su vez, todo ello queda englobado por el ver del yo (el *querer-yo* constituye las noticias de la experiencia moral), que es el ápice de la esencia procedente de la persona cuando mira hacia abajo, por omisión de la búsqueda.

Los símbolos se descifran, porque una cosa son los hábitos adquiridos, que dotan de un mayor sentido –simbólico– a los objetos ya conocidos, y otra los hábitos personales (y los racionales) que incrementan netamente el conocimiento, yendo más allá de los objetos, descifrando los símbolos. Los símbolos se encaminan hacia el abandono del límite mental, pero éste queda aún por realizarse: es el desciframiento de los símbolos. La *sinéresis* –la cuarta dimensión del abandono, y porque engloba la

⁶ Polo, 2003, nota 76, p. 66.

⁷ El símbolo, el objeto iluminado por el hábito cuando manifiesta la operación sin desvincularla del objeto “no es un ver, sino un verbo”. *Ibidem*, p. 88. Las ideas simbólicas “son un veré: las ideas no se acaban de ver”. *Ibidem*, nota 265, p. 218.

segunda— descifra casi todos los símbolos, porque son de índole esencial: remiten a la esencia extramental y a la de la persona. El hábito de los principios descifra los que simbolizan actos de ser extramentales. No hay símbolo de la persona: porque el carácter de además, por su índole dual metódico-temática, es lo más alejado de cualquier idea, incluso simbólica, que es sólo temática.⁸

Las claridades manifiestan o tematizan de algún modo los símbolos, los acotan y engloban, evitando en particular que los no descifrados por la sindéresis “queden más o menos en el aire” (p. 226).⁹

Y las noticias, por su índole afectiva y por remitir al querer del yo, no manifiestan los temas, sino que señalan hacia los hábitos con que los conocemos. Como con esos hábitos se corresponde el abandono del límite, las noticias “aportan las condiciones para abandonar el límite mental llegando a los hábitos superiores” (p. 222).¹⁰ Incluso “cabría decir que abandonar el límite mental significa hábitos innatos que redundan en noticias; o bien, que las noticias se abandonan en tanto que se repara en ellas; y reparar en noticias no es innato” (p. 225).¹¹

Ni las claridades ni las noticias se descifran, pero no carecen de valor cognoscitivo, aunque sean inobjetivas. Además, las noticias no muestran los hábitos personales, sino que más bien los ocultan. Ocultar no es ignorar, sino un modo especial de conocer: se conoce, afectivamente o por connaturalidad, en tanto que oculto; porque el hábito se reserva o guarda.¹² Más allá todavía de los símbolos y de la experiencia intelectual, el carácter noticioso de los afectos, por cuanto oculta aquello a lo que apunta desborda

⁸ Simbolizar significa acompañar; pero el ser además exige desaferrarse del límite, para alcanzar la transparencia, la solidaridad metódico-temática; ninguna idea, por ser algo sólo temático, puede acompañar en esa dirección. En todo caso, *el intelecto personal es imagen del intelecto divino*; y el carácter de además, el adverbio que se asimila al Verbo de Dios (Cfr. Polo, 2005, nota 9, p. 211).

⁹ *Ibidem*, p. 226.

¹⁰ Polo, 2003, p. 222.

¹¹ *Ibidem*, nota 280, p. 225

¹² Cfr. Polo, 2005, p. 228.

por entero el alcance de la objetividad cognoscitiva; velar no es presenciar. Las noticias afectivas procedentes de la experiencia moral son, por ello, el nivel más alto de los conocimientos in-objetivos en el plano esencial.

5. ANALÍTICA DE LOS SÍMBOLOS, CLARIDADES Y NOTICIAS

Digamos ya cuáles son los símbolos ideales que Polo admite y cuáles las claridades, las noticias y su correspondencia. En paralelo con la analítica de operaciones intelectuales que estableció en su *Curso de teoría del conocimiento* (1984-1996), las ideas a las que Polo concede carácter simbólico son cuatro: *cuatro verbos en trance de levantar el vuelo*,¹³ porque apuntan más allá de ellos:

- El primero es la conciencia, el símbolo correspondiente a la abstracción de la circunferencia (el abstracto de la imagen más formal, por estar separada del espacio y del tiempo) y que simboliza la esencia humana, cuyo miembro inferior, el *ver-yo*, a su vez lo descifra: es la cuarta dimensión del abandono del límite mental. El descubrimiento de la conciencia es sumamente directo, y no reflexivo; no debe demorarse porque, dada la superioridad del querer sobre el conocer, la importancia de la conciencia moral demanda que no falte la conciencia intelectual, aunque sea concomitante.¹⁴ Por esta centralidad suya, los demás símbolos son *vicarios*, toman el relevo de la conciencia.¹⁵
- Después está la distinción real,¹⁶ un símbolo complejo correspondiente al progreso de la razón desde la abstracción,

¹³ Polo, 2003, p. 232.

¹⁴ “Una intelección privada de conciencia habitual sería demasiado inferior al segundo miembro de la sindéresis –querer-yo–”. Polo, 2003, p. 89.

¹⁵ Cfr. Polo, 2005, p. 220.

¹⁶ Polo, 2003, p. 232.

mediante el concepto y el juicio, hasta el conocimiento de la esencia extramental en su concausalidad completa.

Este símbolo, sobre todo en el *Nietzsche*, se desglosa en tres:

- La *physis*, correspondiente a las demás operaciones abstractivas que no son la conciencia (pues abstraen de imágenes que incluyen el espacio y tienen intenciones temporales –propias de la memoria y la cogitativa–).
- El ente y su continuación, correspondientes a las dos primeras operaciones racionales que siguen a la abstracción: el concepto y el juicio. El símbolo del concepto es el ente;¹⁷ el del juicio, la continuación del ente: la concausalidad entera.

En *Antropología trascendental* (1999-2003), Polo habló de la verdad como símbolo y la refirió al concepto.¹⁸ De esta ambigüedad creo que da razón en el *Nietzsche*, cuando explica que “la *physis* es el conocimiento de que la verdad no falta ni siquiera en la realidad física, pero más bien la verdad de la realidad externa reside en la concausalidad entera” (pp. 220–221).¹⁹ De manera que la *physis*, el ente y su continuación en la concausalidad simbolizarían la verdad de la esencia. Por eso Polo reduce los tres símbolos a uno solo: la distinción real de esencia y ser;²⁰ pues sin esta distinción la esencia no sería verdadera.

¹⁷ Cfr. Polo, 2005, p. 221. En cambio, en Polo, 2003, p. 220, se remite la idea de ente al juicio, y al concepto se asigna la idea de verdad. Explicaremos a continuación la cuestión de la verdad. Pero la idea correspondiente con la operación de juzgar es, sin duda, el ente; y me atrevo a sugerir que su simbolismo conecta con su carácter analógico, la analogía del ente: implícita en el hábito conceptual y explícita en el juicio. (Cfr. Polo, 1984-1996, IV-2, pp. 225 y ss).

¹⁸ Cfr. Polo, 2003, p. 220.

¹⁹ Polo, 2005, pp. 220-221.

²⁰ En Polo, 2003, p. 85, Polo afirma expresamente que “las ideas de *physis*, verdad y ente simbolizan la verdad de la distinción real de la esencia con el ser”.

El desciframiento de este símbolo múltiple es la explicación racional, la segunda dimensión del abandono del límite mental, que es englobada también por la sindéresis.

- En tercer lugar, los axiomas lógicos, símbolos de la irrenunciable prioridad del ser, correspondientes con la tercera operación racional: la fundamentación o raciocinio.
- Y finalmente la deidad, símbolo que se corresponde con la operación generalizante, reflexión o negación, y que muestra la suficiencia y separación del pensar, su idealidad.

Estos dos últimos símbolos, los axiomas lógicos y la deidad, por simbolizar actos de ser— el ser del universo y el ser divino—, son descifrados por el hábito de los principios.

El hábito adquirido correspondiente con la tercera operación racional, el que torna simbólicos los axiomas lógicos, es algo problemático; porque la prosecución racional parece que termina sin hábitos, con la operación de fundar: *se ejerce una última operación racional* (p. 385).²¹ Si con anterioridad dijimos que la razón guardaba definitivamente implícitos los principios, ahora hay que recordar que eso se explica porque la prioridad de la operación racional es inferior a la de los primeros principios;²² por tanto, no se puede iluminar la operación de fundar despojándola de su objeto para manifestar lo implícito. Por esta razón Polo pensaba que para ir más allá de la operación de fundar era preciso el hábito intelectual de los primeros principios.²³ Pero acaso sí se puede iluminar la última operación racional a una con su objeto; porque no es una perfección inconducente, sino bien importante, si así se explica el valor simbólico de los axiomas

²¹ Polo, L. (1984–1996). *Curso de Teoría del Conocimiento-IV-2*. Pamplona: Eunsa.

²² “La presencia mental no pugna con prioridades reales superiores a ella”- *Ibidem-IV-2*, p. 385. Como venimos diciendo, la temática del hábito de los principios es superior a la libertad que la advierte.

²³ Cfr. Polo, 1984-1996, IV-2, p. 385-386.

lógicos, que es el símbolo natural de Dios. Es una precisión que debemos a Juan Fernando Sellés (p. 42).²⁴

Los hábitos iluminan las operaciones, que entonces dejan de ser un *conocimiento detenido, limitado*, para ser un “conocimiento insistente, mantenido en su tema” (p. 232).²⁵ A su vez, la experiencia intelectual ilumina los hábitos, los conserva, intensificando su iluminación hasta alcanzar las claridades, nociones claras, que engloban y acotan los símbolos. “La experiencia intelectual es irreductible, y sólo se puede expresar a otras personas lingüísticamente” (p. 218)²⁶ –recalco otra vez aquí la importancia del lenguaje–.

Como hay cuatro símbolos, serán también cuatro las claridades que la experiencia intelectual reporta: “la inmaterialidad, la perennidad, la necesidad y la eternidad, que se corresponden con los cuatro símbolos” (p. 233).²⁷

- La inmortalidad con que aclaramos el valor simbólico de la conciencia. Y, además, como la conciencia concomitante acompaña las demás operaciones, un derivado de su claridad, al que Polo llama *yoidad*, entra diversamente en juego en los demás símbolos,²⁸ a los que seguramente por eso se llamó vicarios.
- La perennidad que aclara el sentido simbólico de la distinción real, o de la verdad de la esencia extramental. Polo habla alguna vez²⁹ de la perennidad como la claridad correspondiente a la idea de axioma lógico. Ello se debe a que la iluminación de la *sindéresis es mantenida* a través

²⁴ Cfr. “Los actos racionales que permiten conocer la realidad física”. Sellés, J. F. (2004). Estudio introductorio a Polo, L. *El conocimiento racional de la realidad*. Pamplona: Universidad de Navarra.

²⁵ Polo, 2005, p. 232.

²⁶ Polo, 2003, nota 261, p. 218.

²⁷ *Ibidem*, p. 233.

²⁸ El distinto juego de la *yoidad* en los tres símbolos a los que acompaña está en Polo L. *Ibidem*, pp. 232–233.

²⁹ *Ibidem*, p. 85.

de “la prosecución racional (abstracción, concepto, juicio y raciocinio), hasta la claridad final de los axiomas” (p. 217);³⁰ por tanto, la perennidad se aproxima a la necesidad, y se justifica en ella.

- La necesidad que aclara el sentido simbólico de los axiomas lógicos.
- Y la eternidad,³¹ que es la claridad correspondiente a la idea de deidad (“el símbolo más cercano a su claridad correspondiente”).³²

Como la experiencia intelectual mantiene la iluminación habitual y la intensifica, así también la sindéresis podrá iluminar las virtudes morales y generar experiencia moral; a ella pertenecen las noticias afectivas.

Pero son sólo tres los afectos noticiosos de la experiencia moral:

- La amistad como noticia del hábito de sabiduría³³ y que apunta a Dios;³⁴ se corresponde con la idea de deidad y con la claridad de la eternidad.
- La justicia, que notifica el hábito de los principios y apunta al ser; se corresponde “con la idea de axioma y con la claridad de la perennidad” (p. 222).³⁵ Pero más bien se debería corresponder con la claridad de la necesidad, aunque perenne

³⁰ *Ibidem*, p. 217.

³¹ En Polo, 2003, p. 217, Leonardo Polo habla también de la *idealidad*, como noción clara correspondiente a la experiencia intelectual de la generalización. Ya he dicho que hay alguna inexactitud en su exposición del conocimiento simbólico; pero la idealidad se corresponde bien con la deidad y con la suficiencia y separación del pensar (“la presencia es simultaneidad no total, la eternidad simultaneidad total” (Polo, 2005, p. 226)).

³² Polo, 2003, p. 232.

³³ La vinculación de las virtudes con los hábitos de los que notifican, así como los símbolos y claridades correspondientes (*Ibidem*, p. 222).

³⁴ La correspondencia entre los afectos y aquello trascendente a lo que apuntan (Polo, 2005, p. 231).

³⁵ Polo, 2003, p. 222.

y necesario van en la misma línea.³⁶ Ya hemos dicho que la prosecución racional se continúa desde la abstracción hasta la fundamentación; pero sólo entonces cede el paso al hábito de los principios. La esencia extramental ocurre y no es justo ningunearla; pero es inferior a la esencia humana y no superior como los actos de ser y, además, la experiencia moral notifica los hábitos innatos, no los adquiridos.

- Y finalmente la prudencia, que es noticia del hábito de la sindéresis y apunta al bien; se corresponde con la idea de conciencia y con la claridad de la inmaterialidad.

Son sólo tres noticias afectivas, porque sólo hay tres hábitos nativos. En cambio, la sabiduría humana –en particular– es especialmente fecunda en el orden moral y en el afectivo. Por eso, quizás hay que añadir la noticia de Dios como luz, amor, bondad y belleza,³⁷ de acuerdo con las cuales Dios es más que sólo la deidad. Y quizá por eso hay también noticia del alma humana y de su conformidad con la idea divina de ella; tal experiencia produce cierto arrobamiento y expresa, en la aceptación de la muerte, la docilidad de la libertad humana al designio de su creador.³⁸ Aunque no hay símbolo de la persona humana, ésta “es en cierto modo susceptible de conocimiento por noticia: en cuanto que lo es el hábito de sabiduría, que está estrechamente unido a ella” (p. 225).³⁹

³⁶ Entre perennidad y necesidad hay cierta ambigüedad en la exposición poliana de los conocimientos superiores de la esencia humana. Otra relativa al tema es atribuir a “la experiencia intelectual el saber que los axiomas no están maclados” (Polo, 2005, p. 226) y, en cambio, afirmar que “la claridad de la necesidad es la macla de los primeros principios ideados como axiomas lógicos” (Polo, 2003, p. 223). Entiendo que el desmaclaje de los principios se logra con el abandono del límite.

³⁷ Esta noticia no procede de la iluminación de virtudes, sino de una “redundancia en el querer-yo del dar personal que busca aceptación” (Polo, 2003, p. 225).

³⁸ Cfr. *Ibidem*, p. 227.

³⁹ Polo, 2005, p. 225.

Por su parte, los afectos ligados con las tres virtudes que notifican hábitos son:⁴⁰

- El grato sabor de la amistad (“la noticia del hábito de sabiduría es sabrosa” (p. 223)),⁴¹ que puede tornarse agrio en la acidia;
- La serenidad de la justicia, que puede turbarse mudando en “la falsa tranquilidad del agnóstico” (p. 230),⁴²
- Y la suavidad de la prudencia, principalmente perturbada por el sentimiento de culpa;⁴³ aunque también puede ser enturbiada por “otros afectos negativos del espíritu como el hastío, la envidia, el desprecio y el descontento hacia la propia esencia, etc.” (p. 231).⁴⁴

Este exhaustivo tratamiento poliano de los conocimientos inobjetivos del hombre en el plano esencial permite indirectamente referirse a la epistemología de la creencia religiosa –tan atacada por el objetivismo científico–; y un tema que nos toca muy de cerca en este congreso.⁴⁵

El tema de la fe religiosa es completamente trascendente a la intelección humana, por eso se llama misterio y se expresa en símbolos. Pero el tema de la fe no es el símbolo, sino aquello a lo que el símbolo remite. Por otro lado, los símbolos se expresan lingüísticamente –de nuevo el lenguaje–, y por eso se dice que *fides ex auditu*.

En consecuencia, según Polo, “la noción de símbolo juega un papel central en la fe cristiana”. En la fe se distinguen el símbolo de la fe “y la realidad a que el símbolo se refiere”. La

⁴⁰ Están mencionados en Polo, 2003, p. 226.

⁴¹ *Ibidem*, p. 223.

⁴² Polo, 2005, p. 230.

⁴³ Cfr. Polo, 2003, p. 226.

⁴⁴ Polo, 2005, p. 231.

⁴⁵ *Belief and metaphysics*: organizado por la University of Nottingham y celebrado en el Instituto de Filosofía Edith Stein de Granada, del 15 al 18 de septiembre de 2006.

fe es, por tanto, “un conocimiento simbólico de una realidad a la que en definitiva corresponde ser conocida directamente, sin ninguna mediación. Ese modo de conocer la realidad divina es la visión facial”. Así, pues, la fe es “un anticipo oscuro de la visión” (p. 210).⁴⁶

De manera que entonces hay que distinguir en primer lugar un símbolo natural de Dios, cuyo desciframiento es el hábito de los principios; después un conocimiento sapiencial de Dios, orientación antropológica más que saber metafísico, y noticia oscura de la luz y amor divino y, finalmente, el símbolo revelado de Dios, cuyo desciframiento es la visión facial.

La revelación, tanto como la visión facial, requieren una elevación de la persona. El cristianismo, por tanto, no es una mera religión, sino la revelación con elevación.

6. METALÓGICA DE LA LIBERTAD

Finalmente, el tratamiento poliano de los conocimientos inobjetivos del hombre permite también establecer con alguna precisión la epistemología del nuevo método que Leonardo Polo propone a la filosofía: el abandono del límite mental. El término *epistemología* es aquí obviamente insuficiente, por lo que creo mejor hablar del sentido noético que tiene dicho nuevo método.

El conocimiento simbólico aproxima ya la nueva metodología poliana al ámbito de problemas comunes de la filosofía, que con frecuencia ha discutido la limitación del conocimiento objetivo y se ha cuestionado la validez y alcance de las metáforas, símbolos y analogías. Eso agrada a Polo, que nunca ha apreciado la originalidad de su planteamiento como un valor filosófico.⁴⁷ Y al tiempo le permite descargar la atención sobre el sentido noético de su propio método filosófico:

⁴⁶ Polo, 2005, p. 210.

⁴⁷ “La originalidad no es un valor filosófico: Presente y futuro del hombre”, *op. cit.*, nota. 9, p. 198.

La consideración del conocimiento simbólico evita también encarnizarse en una pregunta sobre la índole del método propuesto [el abandono del límite mental], pues esta actitud interrogativa lleva casi inevitablemente a una solución reflexiva que, como he dicho muchas veces, no considero pertinente (Polo, 2005, p. 216).⁴⁸

Con todo, debe poderse averiguar el sentido noético del abandono del límite mental; como he sugerido, su sentido está en la libertad.

Polo ha dicho que no basta detectar el límite mental –la insuficiencia del conocimiento objetivo se ha notado con frecuencia–, sino que hay que detectarlo en condiciones tales que permitan su abandono. Dichas condiciones –nos ha salido anteriormente– son aportadas por la experiencia moral, que notifica acerca de los hábitos personales; pero consisten formalmente en su dependencia de la libertad.⁴⁹ A esto ha llamado Polo metalógica de la libertad;⁵⁰ y su contenido lo ha redactado sucintamente distinguiendo cuatro fases de la libertad, una de ellas pretemática en esta vida: “la secuencia don, aceptar, dar, buscar es la propia de la libertad trascendental” (p. 238).⁵¹

No es el momento de desarrollar esta secuencia, que expresa la poliana metalógica de la libertad. Pero sí, al menos, de apelar a la libertad para no dejar en el ámbito de la irracionalidad el campo temático de los conocimientos inobjetivos. Metalógica de la libertad, una libertad más allá del *logos* humano –su desbordamiento hacia lo inobjetivo–, si por libertad se entiende espontaneidad arbitraria, comporta renunciar a un sentido humano –cuerdo– para el conocimiento inobjetivo; algo de esto y mucho subjetivismo

⁴⁸ “No es conveniente una investigación excesiva sobre la índole del método del abandono del límite, pues ello no pasa de ser un planteamiento reflexivo, incompatible con él”. Polo, 2005, nota 29, p. 227. Aquí mismo hemos acusado de reflexivo al método dual de Salvador Piá: una generalización de la idea de dualidad.

⁴⁹ El límite “cabe detectarlo sin que se den las condiciones precisas para abandonarlo, que son su depender de la libertad”. Polo, 2003, p. 239.

⁵⁰ “Propuesta de una metalógica de la libertad”. *Ibidem*, pp. 238-242.

⁵¹ Polo, 2003, p. 238.

se da, como dijimos, al apelar para la metafísica o la creencia religiosa al misticismo, voluntarismo o fideísmo.

Pero la libertad no es arbitrariedad ni espontaneidad subjetiva, sino principalmente método. Método solidario con su tema o no; método que encuentra temas inferiores o superiores a sí mismo, y método capaz de alcanzar, o incluso de deponerse para buscar, pero en casi todos los casos método. La libertad personal sólo depone su carácter metódico ante el tema que busca el intelecto personal; y aun entonces anima la búsqueda con la esperanza. Pero la libertad humana, omitida la búsqueda, es enteramente metódica, es decir, está siempre abierta a temas. La libertad no es un tema –como tema sólo consiste en la ratificación de su valor metódico–, pero no cabe libertad sin temas: “la libertad es atemática, pero no ciega” (p. 87).⁵² En esto se diferencia de la arbitrariedad y de la espontaneidad, ajenas a todo sentido noético: en que el tema da sentido a la libertad humana.

La libertad como trascendental de la persona humana es dual, como la persona misma, que es coexistente. Hay una dualidad en la libertad entre su valor metódico –al que Polo llama libertad nativa– y su sentido temático, escuetamente reducido a ratificar su valor metódico, o comunicado a los otros trascendentales personales en la búsqueda: es la que Polo denomina libertad de destinación.

Desde el punto de vista temático, pues, la libertad trascendental ratifica escuetamente su sentido metódico; o bien, se comunica al intelecto personal trocado en búsqueda, pues la esperanza la anima.

Pero desde el punto de vista metódico la libertad: o se alcanza –en solidaridad con su tema–, o bien, se extiende hacia fuera, tanto hacia temas inferiores a ella como hacia los superiores; así

⁵² *Ibidem*, p. 87. La libertad arbitraria equivale al “fracaso temático: la libertad vertebrada los temas, pero sin ellos es un esqueleto muerto” (*Antropología trascendental II*, p. 17). Polo relaciona ahí este empobrecimiento de la libertad con la tragedia final de la persona, que es su aislamiento definitivo.

se encuentra el ser extramental –cuyo origen es Dios, algo superior al hombre–, y la verdad y el bien –que son trascendentales ontológicos inferiores y relativos a él–.

En resumen, la libertad es actividad que busca o encuentra, que anima la búsqueda de réplica o el encuentro de los temas; y los temas que encuentra o son solidarios con ella, o bien superiores o inferiores a sí misma.

La justificación de lo dicho está en que entre el sentido metódico de la libertad y su sentido temático no sólo hay solidaridad, sino también cierta separación; en definitiva, porque “el hábito de sabiduría, considerado estrictamente, está separado de los trascendentales personales, que son su temática propia”. Esa separación permite considerar aisladamente los miembros que conforman la dualidad de la libertad; y apreciar entonces que su sentido metódico no es “precario prescindiendo de que alcance su tema”. Precisamente en esa medida “la libertad nativa da lugar a los dos hábitos innatos inferiores” (p. 237):⁵³ el de los principios y el de la *sindéresis*.

Desde este punto de vista, como actividad de la libertad, la afinidad entre el abandono del límite mental y la tomista distinción real de esencia y ser en las criaturas es secundaria. Lo central es la índole creada de la libertad humana, que depone su carácter metódico para animar la búsqueda intelectual de réplica,⁵⁴ o bien se ejerce metódicamente encontrando temas: solidarios con ella o exteriores; y entre éstos algunos superiores o inferiores a sí misma. Que esta temática la podamos ordenar adecuadamente de acuerdo con el criterio tomista que distingue creador y criaturas es algo muy bueno, pero –ya se ve– añadido.

Lo principal es que “no conformarse con el acto que es su tema es lo característico de la libertad trascendental; por eso,

⁵³ Polo, 1999, p. 237.

⁵⁴ Expreso con el término *deponer* la supresión del valor metódico de la libertad en orden al tema del intelecto personal, de acuerdo con la cual éste “no es una dimensión del método” del abandono del límite; Cfr. Polo, 1999, p. 212.

la suficiencia del acto se exhibe en la libre búsqueda de temas” (p. 239).⁵⁵ La libertad trascendental, aun prescindiendo de su dimensión temática, mantiene una dimensión metódica. De acuerdo con ella, la libertad es método en busca de temas, a los que alcanza o encuentra; y así equivale estrictamente al abandono del límite mental: *por no ser necesario sino libre, el abandono del límite mental es un método en búsqueda de temas.*⁵⁶

El abandono del límite mental, por tanto, equivale al sentido metódico de la libertad personal, en cuanto que independiente de la potencia intelectual (hasta cierto punto, la posición inversa a la de Salvador Piá, que ubicaba el abandono del límite en la inteligencia). La inteligencia empieza desde la presencia mental, desde el límite que caracteriza sus operaciones; pero la libertad no sucumbe al límite, porque no depende de la potencia intelectual; sino que tiene un sentido metódico en busca de temas que incluso implementa el conocimiento que la inteligencia permite. Los conocimientos inobjetivos del hombre más que corresponderse con su inteligencia, lo hacen con su libertad.

Insisto en que la tesis de que el abandono del límite mental equivale al valor metódico de la libertad en cuanto que independiente de la inteligencia, no se puede comprender si por libertad se entiende la espontaneidad subjetiva de la voluntad, o la mera capacidad de elegir (arbitrariamente o con motivos), o el dominio que la potencia adquiere sobre sus actos en virtud de los hábitos. No: la libertad no se circunscribe a ningún nivel de la esencia humana, aunque llegue a conferirse a ella; sino que se inserta en la persona, como un trascendental de su ser. Entonces, tiene un sentido dual, metódico y temático; y así se alcanza, se comunica a la búsqueda de réplica, o se extiende al encuentro de temas.

Y advierto también que el abandono del límite mental equivale al valor metódico de la libertad en cuanto que independiente de la potencia intelectual, pero no en cuanto que independiente

⁵⁵ Polo, 2003, p. 239.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 224.

de la potencia volitiva. No hay límite ni abandono en el orden de la voluntad; porque no hay voluntad agente, ni actos voluntarios superiores a la potencia volitiva como sí hay intelecto personal y hábitos innatos. La voluntad humana se ordena al fin y se satura con la fruición del bien trascendental; el amor constituye el don que a la persona humana le es posible otorgar. Pero la correspondencia que demanda el amor no depende de la voluntad propia, sino –en todo caso– de la ajena; la voluntad más que un límite tiene aquí un tope irrebasable. Por eso, la esperanza de aceptación compete al amar personal, que no es un acto voluntario, sino un trascendental personal.

La libertad adviene a la voluntad y la incrementa con virtudes, pero a lo más que llega con ella es a constituir las noticias de la experiencia moral. Aunque la voluntad es espiritual, se parece en esto a las facultades orgánicas, en las que su operar se limita a mejorarlas afectándolas, dando lugar a los afectos. Hay, pues afectos espirituales, y no sólo sensibles, que son los consignados previamente. Los afectos del espíritu proceden de la libertad nativa cuando llega hasta la voluntad y la reviste.

Por último, y desde el punto de vista de la extensión de la libertad, la distinción entre hábitos adquiridos o innatos es también secundaria, pues no pivota sobre la libertad sino sobre la potencia intelectual; la apelación a la inteligencia entiendo, pues, que es derivada. La diferencia relevante, en cambio, es la que distingue dimensiones del abandono del límite mental, es decir, de la actividad de la libertad que alcanza y encuentra temas, esto es, de su sentido metódico.

El abandono del límite mental lo ejerce la libertad contando con él o sin él. La libertad personal cuenta con el límite para encontrar por debajo la esencia extramental, o englobándolo hacia arriba en la esencia humana; son la segunda y la cuarta dimensión del abandono. Y si la libertad no cuenta con el límite, prescinde de él: renunciando a él, o bien desprendiéndose de él. Si renuncia al límite advierte el ser; y si se desprende de él alcanza el tema solidario consigo misma –la propia existencia personal–,

ratificando así temáticamente su propio valor metódico. Así se distinguen la primera y la tercera dimensión del abandono.

En todo caso, el abandono del límite mental es el valor metódico de la libertad trascendental, que alcanza sólo su sentido temático como ratificación de su propio valor metódico. Pero el completo sentido temático de la libertad, la libertad de destinación, no es una dimensión del abandono del límite,⁵⁷ pues el valor metódico de la libertad se depone en la búsqueda del tema del intelecto personal.

REFERENCIAS

- Piá, S. (2001). *El hombre como ser dual. Estudio de las dualidades radicales según la Antropología trascendental de Leonardo Polo*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (1984–1996). *Curso de teoría del conocimiento*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (1993). *Presente y futuro del hombre*. Madrid: Rialp.
- Polo, L. (1999). *Antropología trascendental I*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2003). *Antropología trascendental II*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2004). *El conocimiento racional de la realidad*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Polo, L. (2005). *Nietzsche como pensador de dualidades*. Pamplona: Eunsa.
- Sellés, J. F. (2004). Estudio introductorio a Polo, L. *El conocimiento racional de la realidad*. Pamplona: Universidad de Navarra.

⁵⁷ Que “el abandono del límite mental no de más de sí” (Polo, 1999, p. 195) no autoriza a ampliarlo con otro método, como quiere hacer Piá, S. (Cfr. Piá, 2001, p. 163). Lo agotado no es un método entre otros, sino el valor metódico de la libertad personal. Sólo una luz superior a la humana –el *lumen gloriae*– puede conducir el intelecto personal hacia su tema; la libertad depone su valor metódico para ser traspasada por esa luz.